La Forma

RedacciÃ³n - 14/06/2011

Siguiendo las ideas bÃ¡sicas anteriores, resulta que el Ãºnico texto histÃ³rico disponible servirÃ-a como soporte para la Embajada del Moro vespertina; y de la certeza del encarcelamiento del raÂ´is deduje la hipÃ³tesis adecuada de que el hecho fuese fruto de una escaramuza, posterior y consecuencia de la Embajada del Cristiano matutina. Entre la gama de motivaciones posibles para constituir el nÃºcleo esencial o temÃ¡tico de esta primera Embajada, elegÃ- la que me pareciÃ³ mÃ¡s noble y digna: la pretensiÃ³n castellana de que el raÂ´is renovase el juramento de fidelidad al Rey Alfonso ante la vecindad y poderÃ-o del Rey Jaime, a lo que los moros se niegan por inconsecuente e innecesario. Con ello se caldean los Ã¡nimos de los embajadores y aumenta la tensiÃ³n del diÃ¡logo hasta desembocar en la intransigencia y rotura de hostilidades. La batalla subsiguiente finaliza con el apresamiento del raÂ´is por parte de los castellanos y con una breve arenga del embajador moro a sus correligionarios para evitar que persigan a los cristianos, ante el peligro de una emboscada en las montaÃ±as y para inducirles a regresar a Crevillent a rehacer la mesnada.

Por el contrario, la Embajada del Moro es radicalmente distinta porque no se trata de preparar una segunda batalla sino de desarrollar las premisas fundamentales de una negociaciÃ³n para firmar un pacto. De ahÃ- se deriva un lenguaje frÃ-o y diplomÃ¡tico, una dialÃ©ctica sutil y precavida, un cÃ¡lculo de probabilidades y conveniencias, un forcejeo de ofertas y demandas. Concluida la Embajada con la aceptaciÃ³n por ambas partes de las condiciones estipuladas en el campamento catalanano-aragonÃ©s ante los muros de Orihuela, la acciÃ³n inmediata y lÃ³gica serÃ-a la representaciÃ³n escÃ©nica en Crevillent de la toma de posesiÃ³n del castillo por un lugarteniente del Rey D. Jaime y la vuelta verosÃ-mil del raÂ´is liberado.

Sin embargo, entre ambos momentos o acciones (que en la historia real debieron estar separados por algunos dÃ-as), se intercala una segunda batalla con el fin exclusivo de ocupar y desfogar a la masa de festeros, que deben tener un protagonismo activo tanto por la maÃ±ana como por la tarde. Como es inconcebible una lucha entre moros y

cristianos tras una Embajada pacÃ-fica y concordante, la motivaciÃ³n para la batalla tenÃ-a que venir de los terceros en discordia: los castellanos hostigan a los moros durante su regreso a Crevillente y la lucha termina con la llegada de los catalanano-aragoneses. Y una vez concluida la batalla, se dirigen todos a Crevillente para la toma de posesiÃ³n del castillo tremolando el perdÃ³n del rey Conquistador.

Aunque esta segunda batalla tiene una misiÃ³n eminentemente prÃ¡ctica y festera, su justificaciÃ³n teÃ³rica es de orden secundario y a simple vista pudiera parecer un enquistamiento innecesario y hasta incongruente con el desarrollo general de la acciÃ³n. Pero, analizando la historia de Crevillente en 1265 y del Reino de Murcia en el siglo XIII, se observa la evidencia de tres fuerzas presentes, vitales y concurrentes que actÃºan en la escena polÃ-tico-militar de la Ã©poca en diversos momentos, circunstancias y medidas, protagonizando realidades indudables: Castilla, AragÃ³n y los sarracenos de los reinos taifas de Al-Andalus.

Tales son las directrices que estructuran las Embajadas y las acciones bÃ©licas complementarias, que permiten vertebrar la actividad festera llenado suficiente y adecuadamente un dÃ-a completo de los Moros y Cristianos. El que ello se consigna en la realidad prÃ¡ctica dependerÃ¡ del empaque y boato que los crevillentinos deseen conferir a las Embajadas, de la duraciÃ³n y volumen que quieran dar a las batallas de arcabucerÃ-a, y del cuidado y esmero que presten a los mil y un detalles factibles de desarrollar y perfeccionar. Materia y posibilidades las tienen de sobra, y sÃ³lo falta un poco de ingenio artÃ-stico y un mucho de voluntad organizativa.